

cia intelectual aún no explorada son las “respuestas” y “sentires”, donde se ventilan asuntos de carácter institucional y teológico.

La Inquisición ha sido fuente de historia social e intelectual para los especialistas del siglo xx. Aún queda mucho por explorar en ambos casos, pero para los historiadores futuros, estos catálogos harán la tarea más fácil en cuanto al manejo y más interesante en cuanto a su interpretación.

ASUNCIÓN LAVRIN
Arizona State University

JOSÉ MARTÍ, *Lucía Jerez*. Ed. y pról. de Mauricio Núñez Rodríguez. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000; 173 pp.

El Centro de Estudios Martianos realiza, desde hace aproximadamente veinte años, un intenso trabajo de edición (y reedición) crítica de la obra escrita de José Martí. Atenido unas veces al criterio de los géneros discursivos, otras al de la cronología y aún otras al de las zonas delimitables temáticamente, esa labor ha dado sus primeros frutos en el *corpus* de la producción poética (1985), en la miscelánea zona de los textos primerizos y juveniles (1983, 1985), en la porción testamentaria de la correspondencia privada (1996), en el folleto *Guatemala* (1998) y, recientemente, en la única novela de este escritor.

En efecto, *Amistad funesta* o *Lucía Jerez* cuenta ahora con su correspondiente edición crítica. Publicada inicialmente por entregas quincenales en un periódico de lengua española en Nueva York, esta novela ha sido tratada como un islote menor en el mapa total de la escritura martiana. Rebajada y escamoteada por Martí, de calidad desigual en su funcionamiento como producto narrativo y artístico, y apenas tenida en cuenta como fuente para reconstruir el ideario estético y político de su autor, se entiende el lugar que la historia le ha deparado. Esta novela comparte los méritos por los que es reconocida la restante escritura martiana de manera supragenérica, pero, como texto adscrito a un género específico, no es aporte notable. He ahí, de manera sucinta, la situación histórica de esa novela en el cuerpo del que forma parte; pero, acaso más interesante, he ahí también la obra que ha resultado de un tipo de lectura que privilegia al autor, a lo definitivo, a lo cerrado.

Con el cotejo de versiones y el establecimiento del texto que comporta la edición crítica se favorece el desplazamiento, en marcha ya por razones epocales, hacia otro paradigma de lectura en el que valores como los mencionados dejan de tener, a propósito de Martí, un peso axiológico y metodológico tan definitorio e irrevocable. Según intuyo, en las discordancias o resistencias de ese texto en par-

ticular con respecto a los presupuestos y expectativas del tipo de lectura excluyente, monológica, autorizada, radican los puntos de mayor productividad del texto.

Su minimización en el *corpus* de la producción textual martiana, así como su publicación en vida del autor, no fueron factores suficientes para que la novela resultara inmune a los problemas editoriales (establecimiento de la versión definitiva, fechas de producción o revisión, ausencia de copias originales, etc.) que, a manera de una plaga, se han vuelto parte ineludible ya de casi todo ese *corpus*. Tales problemas, a su vez, resultan sintomáticos del proceso de conservación y transmisión de los textos martianos, y de las condiciones precarias en que Martí ejerció casi toda su escritura.

Su única novela no constituye una excepción. En su caso, los problemas comienzan a insinuarse desde el título: ¿*Amistad funesta* o *Lucía Jerez*? Su primera versión, publicada entre el 15 de mayo y el 15 de septiembre de 1885, apareció bajo el título de *Amistad funesta*; pero luego el autor prefirió el otro, según el prólogo que abocetó con vistas a una posible edición como libro. En lugar del sesgo moralizante que se deriva del primer título —muy a tono, por cierto, con las exigencias del editor del periódico—, Martí, en su relectura, optó por el de *Lucía Jerez*, nombre de su protagonista, el cual insinúa un aire de familia con novelas de la segunda mitad del siglo XIX hispanoamericano como *Amalia*, *María*, o *Cecilia Valdés*.

Una fuente mayor de inestabilidad es el número de versiones con las que ha de trabajar la edición crítica. Descontada la versión original que el escritor entregó a los responsables de su edición en el periódico —versión de la que nunca dieron noticia ni Martí ni su albacea *de facto* Gonzalo de Quesada y Aróstegui—, habría que considerar: 1) la versión del periódico (1885); 2) la corregida a mano por su autor directamente sobre copia impresa de la versión 1 (se desconoce la fecha); y 3) la versión en forma de libro (1911) debida al único editor que tuvo acceso a la versión 2.

Las modificaciones manuscritas (versión 2) realizadas sobre cada uno de los sucesivos ejemplares del periódico donde apareció la edición príncipe no han podido reconstruirse sino por medio del editor de la versión 3, el primero que la publicó en formato de libro. Sin embargo, la inexistencia física de la versión 2 y su desconocimiento por parte de los otros editores de la novela no niegan la pertinencia de la distinción entre esa versión y la versión 3, así sea no más por el trabajo de desciframiento e interpretación de la escritura martiana que ella supuso, o por las erratas que incorporó a la versión 1. La versión original (o protoversión) entregada a los editores del periódico dejaba con seguridad menos margen a la interpretación de éstos que la versión revisada por el autor (la 2) a quien se encargó transcribirla y/o completarla (versión 3).

En torno a esa elección entre variantes del título, por una parte, y versiones textuales de la novela, por la otra, se concentra la decisión capital de esta edición crítica. El responsable de la nueva edición opta por *Lucía Jerez* como título definitivo, y por la versión 3 en tanto copia (presuntamente fiel) de la 2 como texto base. Aunque una y otra elección cuentan con el respaldo de la tradición editorial de la novela (doce de cuyas quince ediciones como libro han secundado al autor en su preferencia del segundo título; y todas ellas han atenido sus textos a la versión de 1911), ambas resultan algo riesgosas en el radio de una edición crítica. Si el prólogo esbozado por el escritor es “inconcluso”, como lo reconoce esta nueva edición, y, además, las modificaciones que éste introdujo distan mucho de tener carácter definitivo, según permite concluirlo el considerable número de erratas (o errores) que Martí no advirtió en su revisión, ¿qué valida entonces la decisión de basar en semejantes indicios de insatisfacción autorial un cambio como el del título, o la de proponer como “texto primero” de esa novela, no la versión publicada en el periódico, sino la versión más cercana a la que el autor revisó?

Una vez localizadas y obtenidas las nueve entregas de *El Latinoamericano* con los tres capítulos de la novela, no parecería difícil establecer el “texto primero”. Para Mauricio Núñez, empero, esa condición no corresponde a la versión del periódico (1), ni, a juzgar por las erratas e imprecisiones advertidas en ella, tampoco a la versión de 1911 (3), sino a la versión modificada por el “novelador” (2), pero como ésta no se conoce actualmente sino por medio de su transcripción en la primera versión como libro (3), en ésta centra la edición crítica su “busca del texto primero”. Como lo explicita el editor, “se ha respetado la versión de Quesada y Aróstegui pensando que es más fiel a los cambios que el autor decidió, es decir, la más cercana al estilo martiano” (p. 38, n. 5). ¿No era también del “estilo martiano” (uno de los posibles “estilo[s] martiano[s]”) la única versión de la novela aparecida en vida de Martí?

Es cierto, como se encarga de mostrarlo el responsable de la edición crítica, que el perfil editorial del periódico en que se publicó por primera vez la novela ejerció una considerable influencia, contrariadora a veces de las concepciones y aspiraciones de Martí, sobre el trabajo de producción de la misma. El editor del periódico, en tanto vocero del público ideal de éste, se encargó de establecer los límites temáticos e incluso la orientación ideológica rectora que habría de signar el rumbo de la novela.

Las notas apuntadas vagamente por Martí para funcionar como prólogo de la probable edición de la novela como libro no dejan lugar a dudas sobre la frustración que le supuso trabajar bajo esas condiciones: “...no es dado tender a nada serio, porque esto, a juicio de editor, aburre a la gente lectora; [y] ni siquiera es lícito, por lo llano

de los tiempos, levantar el espíritu del público con hazañas de caballeros y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del buen gusto” (p. 46). Tales notas, por añadidura, están enunciadas, mayormente, desde el punto de vista de la tercera persona singular, como si el autor de la novela y el prologuista no fueran del todo (o no fueran ya) la misma persona. Esta escisión en la figura autorial retoma y acentúa el dato del seudónimo (“Adelaida de Ral”) con que apareció firmada la novela.

Sin embargo, a la luz de las diferencias que la edición crítica observa entre la novela propuesta por el editor del periódico y la novela deseable para el escritor, resultan bastante pequeñas o discretas las modificaciones que éste introdujo en la versión 2. (Entre las “precisiones formales” que observa en notas a pie de página el editor crítico, tal vez el ejemplo de más relieve ideológico sea el del reemplazo de la frase: “poblaciones cuantiosas de indios tan malvados como brutos”, p. 55, n. 8, por esta otra menos áspera: “poblaciones cuantiosas de indios míseros”, p. 54.) La mayoritaria discreción o pequeñez de esas modificaciones pudiera deberse a que la revisión no fue terminada (¿falta de tiempo o falta de interés?). O, muy relacionado con esa naturaleza inconclusa, a las dificultades personales para conducirse en el terreno de “una ficción prolongada[,] con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás” (pp. 45-46) que el “novelador” reconoció. A fin de cuentas, Martí no escribió esa novela por deseo propio, sino por necesidad: los beneficios económicos que ella le aportaría fueron el móvil principal de esa excursión en la trayectoria del poeta y narrador-cronista.

Si bien el autor dedicó algún tiempo a revisar la “noveluca” que había pergeñado, según él, “durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres” (p. 45), años más tarde, en marzo de 1895, al dictar los lineamientos editoriales básicos para el tratamiento póstumo de su “papelería”, no mencionó aquella. ¿Podría atribuirse tal omisión a un olvido momentáneo o equivaldría más bien a una voluntad de desahucio de la novela? Sobre este particular nada se comenta en el prólogo general, ni tampoco en la introducción de la edición crítica. Desde luego, el interés hacia la novela que supone su revisión por parte del autor (versión 2) no excluiría, siquiera en principio, la posibilidad de que posteriormente decidiera desconocerla. A menos que se desee continuar incurriendo en la no poco frecuente sincronización artificial en el estudio del proceso de constitución de los textos martianos, ésa es una posibilidad muy atendible.

La nueva edición de la novela de José Martí a cargo de Mauricio Núñez representa un hito en la historia editorial de *Amistad funesta* o *Lucía Jerez*. El hallazgo de los números de *El Latino-Americano* donde se publicó la primera edición, a modo de folletín, constituye la contribución principal de esta edición, y la base de muchas de las otras.

Muy valiosa, ciertamente, resulta la información que aporta sobre el perfil editorial de ese periódico, no sólo por lo que respecta a la novela, sino también para precisar y enriquecer nuestro conocimiento de los públicos en interacción con los cuales se fue moldeando la obra del escritor cubano, particularmente en las circunstancias de su exilio neoyorquino.

Esta nueva edición, además, “brinda, por primera vez, la fecha de publicación exacta de cada una de las secciones en que fue segmentada la obra para su aparición” (p. 39); con lo que, de paso, muestra que la segmentación no fue obra del “novelador”, quien entregó su texto ya concluido; sino del editor del periódico (o de esa sección del periódico), quien tuvo más en cuenta “el espacio editorial, que algún criterio dramático” (p. 15), o “el tamaño de las columnas del periódico [más] que el sentido de la progresión de la acción” (p. 105, n. 3). En cuanto a las modificaciones que el autor realizó (versión 2), el editor señala que éstas se concentran, “fundamentalmente, en la primera, segunda y novena entrega[s] y son —en general— de la misma naturaleza, es decir, precisiones formales” (p. 39).

No es un mérito subestimable la convivencia del afán de recuperación de la novela con el señalamiento crítico de varias de las deficiencias que lastran su funcionamiento como producto artístico: “digresiones que retardan la diégesis” (p. 20), caracterizaciones no dinámicas, “desenlace precipitado de la acción” (p. 22), etc. Valiosa también es la información que aporta acerca de todas las ediciones entre 1885 y 1997, y de los estudios y comentarios que generó entre 1911 y 2000. Con todos esos datos tan valiosos esta edición crítica pone los ejes sobre los que habrán de rodar, no sin algunas nuevas precisiones, las ediciones futuras de *Amistad funesta* o *Lucía Jerez*.

Como adelanto para esos otros editores, o para la reimpresión de la edición que comento, he aquí algunas erratas y descuidos susceptibles de enmienda: “en las [los] sucesivos números” (p. 49, n. 1); “aquí concluye la segunda entrega de la novela. A partir del párrafo siguiente se inicia la cuarta [tercera entrega]” (p. 73, n. 35); “arma de madera dura usada [por] los indios americanos” (p. 121, n. 12); “sus piezas más conocida[s] pertenece[n] a la tendencia realista” (p. 123, n. 13); “el párrafo siguiente continua [continúa] después” (p. 153, n. 33); o la afirmación de que “[la segunda entrega de la novela] se publicó en las páginas interiores de *El Latino-Americano*” (p. 61, n. 14), luego de haberse sostenido en el prólogo que “sus primeras siete entregas aparecieron incluidas en la página inicial del periódico” (p. 11).

Erratas menos atribuibles al editor son estas otras, incluidas todas en el texto de la novela: “ropa [rompa] Ud. las frentes” (p. 65); “los dibujos apolíticos [¿apodícticos?] del norteamericano Elihu Vedder” (p. 69); “Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestar que la gente daba [dada] a la frivolidad y el gozo

experimenta en la compañía íntima de...” (p. 76); “en Leonor, como un símbolo de toda [todas] ellas” (p. 101); “de lo [los] que, porque la verán desvalida... querrán faltarle al respeto” (p. 115); “cuando creen ver que no las tienen, les parece [parece] que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada” (p. 119); “y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse [mudase] la conversación entre Sol y Pedro” (p. 149).

En la p. 122 parece haber un error heredado de otras ediciones en el que no se repara: trátase de un pasaje en que el narrador refiere, sin otra precisión, que “por allí... andaban lentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea”. ¿Qué otras “niñas” podrían ser las que así comparten con esas dos mujeres marcadas por la pobreza, si no las hijas de Andrea y Manuel, o sea las hermanas de Sol o Leonor? Pero si Leonor o Sol es la menor de las hijas de ese matrimonio, en lugar de “niñas menores” ahí correspondería ‘niñas mayores’, o “hermanas mayores” (p. 128).

Con esos nuevos aciertos y decisiones de riesgo, esas nuevas certezas y sugerencias, el trabajo de edición, exégesis y recuperación de la novela dispone del fundamento textual necesario para transitar hacia una etapa de plena productividad.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA

JAMES VALENDER, y GABRIEL ROJO LEYVA, *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*. El Colegio de México, México, 1999; 794 pp.

Hace ya muchos años (concretamente en un artículo publicado en la revista *Nosotros* en 1941) aludió Guillermo de Torre a la importancia de las revistas: “yo presiento que ese papel histórico adjudicado a las revistas irá creciendo en lo sucesivo, a medida que vayan cambiando los métodos de escribir las historias literarias”. Afortunadamente, los historiadores de la literatura cada vez toman más conciencia del fundamental valor de la investigación hemerográfica, y una excelente prueba la tenemos en este libro.

El objeto de estudio es una revista de la que se habla mucho, pero que hasta ahora se conocía poco, a pesar de ser una de las publicaciones más longevas y de mayor prestigio del exilio español, como los autores señalan, indicando además que la revista fue un “proyecto político y literario de largo alcance”.

El libro está dividido en tres grandes partes: primero un estudio introductorio (a pesar de la modestia del epígrafe, se trata de un es-